

*
**

En esa época primitiva los continentes estaban en parte cubiertos de bosques impenetrables: rodaban silenciosamente las olas de los mares, sobre las que ningún ser humano se había aún aventurado; soplaban el viento á través de las selvas y de los paisajes: rebaños de mammouths, de rinocerontes, de hipopótamos, de bueyes primitivos, recorrían la Francia: el Sena, incomparablemente más ancho que en nuestros días y elevado cuarenta metros sobre su actual nivel, ocupaba el emplazamiento entero de París, extendiéndose desde Montmartre á la montaña Santa Genoveva, de Passy á Meudon, de San Dionisio á San Germán: era el río casi un brazo de mar al que se propagaban las mareas como hoy en Caudebec; y sin duda á favor de una de ellas pudo llegar á París la ballena encontrada bajo una cava en la calle Dauphine. Testigos fueron los primeros pobladores de la Galia de esos grandiosos espectáculos, desde los primeros siglos de la era cuaternaria, desde hace cien mil años tal vez. Pensar en esos antepasados es revivir un momento en un pretérito desaparecido hace ya mucho tiempo; pasado no menos interesante sin duda que el presente.

LOS HABITANTES DE FRANCIA DE HACE CIENTO MIL AÑOS

El precedente estudio pone en evidencia la extraordinaria antigüedad de nuestra raza y ofrece testimonio cierto de que nuestro territorio fué habitado por tribus de la edad de piedra.

Después de la primera revelación auténtica de sílex realizada por Boucher de Perthes en 1832 en Thuisen á las puertas de Abbeville, los hallazgos han sido no ya numerosos sino innumerables. Sólo en el estanque del Sena fueron ya considerables y bastantes á probar que nuestras regiones han estado habitadas por razas humanas primitivas, desde los tiempos más remotos de la época cuaternaria.

*
**

Á propósito de esto hemos recibido una memoria de M. Guegan, que trata de las investigaciones por él practicadas desde 1872 en el departamento de Sena y Oise. Podemos señalar como ejemplo el Vesinet: todo el territorio de esta comarca pertenece á la época cuaternaria: el suelo vegetal es poco profundo y compuesto de limo de color rojo de ocre

bajo el cual se encuentra una capa de grava que alcanza á veces gran espesor. Muchas son las roturaciones que se han practicado, encontrándose sílex tallados, en amalgama con osamentas de animales cuyas especies desaparecieron ya, tales como el *elephas primigenius*, el *rhinoceros tichorhinus*, el ciervo, el caballo y el buey gigante.

Los hombres han habitado pues ese territorio, ese valle, *antes* del movimiento geológico que lo transformó en un gran lago ó mar pequeño cuyas ondas lamían las colinas de San Germán, de Cormeilles y de Orgemont. Desecado luego el suelo, volvieron los hombres, y ahí están para atestiguarlo, las hachas pulimentadas que se han encontrado en el suelo superficial del Vesinet. Tal ocupación se prolongó hasta la época galo-romana, porque también ha sido encontrada en estos últimos tiempos una espada de hierro y algunos objetos de bronce.

Al pie de San Germán, en el Pecq, orilla izquierda del Sena, con motivo de una excavación que se practicó en 1876 para establecer una bomba de vapor, fué encontrada una cantidad considerable de sílex tallados, á tres metros de profundidad, motivando este hallazgo que M. Guegan se apresurase á llamar sobre él la atención de M. Mortillet: hoy esos instrumentos primitivos de la edad de piedra se encuentran en el Museo de San Germán.

La capa de tierra negra en que yacían esos sílex labrados estaba recubierta de una capa de limo de aluvión de 2.10 metros de espesor, en la que había no pocas conchas y crustáceos fluviales.

*
**

Esos primitivos instrumentos de piedra, últimos testigos de una humanidad desaparecida, han sido también encontrados en las cuevas de arenas de Bois-Colombes, y en Mantes, y en Sotteville, cerca de Rouen: en el valle del Oise, en el de la Marne, especialmente en Chelles, cuyo yacimiento, que se hizo célebre, fué escogido por M. de Mortillet como tipo de la época más antigua de esos primeros instrumentos de piedra. Han sido igualmente encontrados en Normandía, en Bretaña, en el depósito del Loira, en el valle de Vienne, en los estanques de la Dordoña, de la Gironda, en las márgenes del Ródano, en una palabra, en toda la superficie de Francia y esto por docenas de millares de muestras. (Señalemos particularmente los recientes descubrimientos realizados en Mondragón (Vaucluse) por M. Perrin.) La ciencia puede pues probar ya cumplidamente que nuestras regiones han estado habitadas por razas humanas primitivas desde los primeros siglos de la época cuaternaria, cuando Inglaterra estaba aún unida por la tierra á Francia; cuando el Sena desembocaba en el Atlántico al otro lado del actual departamento de Calvados; cuando el Somme iba á lanzarse en el golfo mismo del Océano, pasando por la Mancha actual, y cuando por otra parte los volcanes del centro de Francia especialmente los de Velay, estaban aún en plena actividad. Si, la existencia de seres semejantes á nosotros durante esa época es ya cierta, está comprobada. Encontramos á esos hombres en las cavernas; los encontramos en los

terrenos de aluvión; comprobamos su número; llegamos hasta á fechar los primeros momentos de su existencia: sabemos qué animales les rodeaban, en medio de qué vegetación vivían, al precio de qué esfuerzos lograban asegurar su vida de cada día.

*
**

Los sílex tallados del tipo de Chelles y de Saint Acheul son contemporáneos del *elephas antiquus* que sucedió al *elephas meridionalis* y precedió al mammoth. Bien caracterizada está pues la fecha geológica, y cuando señalamos cien mil años para esa edad nos quedamos seguramente cortos.

Hoy poseemos la prueba de que el hombre primitivo es anterior de muchas docenas de millares de años á la edad de la humanidad histórica, por cuanto son varios hasta el día los ejemplares encontrados del hombre fósil.

Pero no hace de esto mucho tiempo. Fué en 1823 cuando Amy Boué presentó á Cuvier osamentas humanas por él encontradas cerca del Rhin, en las cercanías de Lahr, en el país de Baden: y Cuvier cuyo sistema estaba estacionado por sus ideas teóricas preconcebidas acerca de la naturaleza de la creación y de la inmutabilidad de las especies, rehusó reconocer esas osamentas, y tal determinación no dejó de causar funesta influencia en los progresos científicos.

Ello sin embargo no fué bastante á impedir que en fechas posteriores fuesen descubiertos nuevos restos de hombres fósiles: en 1828 en el Aude, por Tournal; en 1829 en el Gard por Christol; en 1833 en Bélgica, por

Schmerling; en 1835 en el Lozère por Joly; en 1839 en el Aude, por Marcel de Serres; en 1844 en el Brasil, por Lund; pero la ciencia oficial objetaba *à priori* que los restos humanos ó los objetos fabricados por el hombre que habían sido encontrados en terrenos cuaternarios fueron llevados allí por las aguas ó por los hundimientos.

El vigoroso esfuerzo de Boucher de Perthes, quien desde 1832 había recogido cerca de Abbeville considerable cantidad de sílex trabajados por manos de los hombres, hizo reaccionar algo en 1847 la opinión de los hombres de ciencia.

Sin embargo, para ver afirmado, sin discusión, admitido, en una palabra, el hecho de la existencia del hombre fósil es preciso llegar hasta 1861, fecha en que por el descombramiento de la gruta de Aurignac, debido á M. Lartet se produjo un acontecimiento gracias al cual la duda ya no era posible. Dicha gruta, ó mejor abrigo, estaba cerrada en el momento del hallazgo por una piedra ó losa, traída sin duda de muy lejos. En dicha gruta descubrió M. Lartet las osamentas de ocho especies animales de las nueve que caracterizan esencialmente los terrenos cuaternarios. Algunos de dichos animales debieron ser sin duda comidos allí mismo, pues sus huesos, en parte carbonizados, mostraban aún la huella del fuego, del que se encontraron asimismo carbones y cenizas: los restos de un *rhinoceros tichorhinus* joven, presentaban cortaduras hechas con útiles de sílex y habían sido roídos por las hienas de las que no faltaban allí vestigios. Á esto hay que añadir que la posición de la gruta la ponía al abrigo de todo acarreo de aluvión: estos hechos pues probaron

que el hombre primitivo ha vivido en medio de la fauna cuaternaria, utilizándose para su alimento hasta del rinoceronte, y escoltado por las hienas de aquel tiempo que aprovechaban los desperdicios del banquete. Quedaba demostrada la coexistencia del hombre y de esas especies fósiles.

Los hechos anteriormente establecidos quedaron comprobados un año más tarde por un nuevo y capital descubrimiento. El 28 de Marzo de 1862 Boucher de Perthes tuvo la fortuna de desenterrar por sí mismo en el diluvium gris del valle del Somme, en Moulin-Quignon, cerca de Abbeville, una mandíbula humana, muy incompleta sin duda pero no por eso menos preciosa. En 1872 M. Riviere descubrió el hombre fósil de Mentón. Recientemente, encontrándonos en Niza, hemos sido testigos presenciales de nuevas escavaciones practicadas en el mismo punto por M. Wilson, cónsul de los Estados Unidos.

*
**

En la actualidad es imposible la duda acerca de la existencia del hombre de los orígenes de la época cuaternaria y aun tal vez de fines de la terciaria. La transformación simiana á que debemos nuestra existencia data probablemente del período plioceno. Larga sería la enumeración de los descubrimientos hechos así de restos humanos fósiles como de sílex tallados ó de objetos construídos por el hombre primitivo. En el museo de San Germán puede admirarse todo un mundo exhumado gracias á los perseverantes trabajos de la arqueología prehistórica. En el museo de Bruse-

las hay á lo menos ochenta mil sílex trabajados por el hombre y cuarenta mil osamentas de animales contemporáneos del hombre primitivo. La sucesión de estas razas humanas desaparecidas ha sido ya clasificada : unas fueron contemporáneas de los osos de las cavernas, otras del mammoth, otras del reno.

Observando la humanidad en su actual estado nos sentimos inclinados á creer que siempre fué como es ahora : y sin embargo, testigos somos de su evolución, y fácil nos es darnos cuenta de la facilidad con que todo cambia. Antes de un siglo nuestros descendientes no podrán formarse cabal idea de la época en que no había caminos de hierro, ni telégrafos, ni teléfonos, cosas todas que son de ayer. Ponemos en el correo una carta para Madrid, donde llega al día siguiente, y al atravesar la línea de Orleans leemos, sin asombrarnos, en el vagón-correo : « París-Pirineos. » Corta es nuestra memoria, y nuestra indiferencia profunda. Si Carlomagno resucitase, en el expreso que salva en 34 horas la distancia entre París y Roma, que vuela de París á Constantinopla en 60 horas, saludaría él una conquista más grande aún que la de todo su imperio. No daría crédito á sus ojos y menos aún á su razón si cualquier ingeniero tratara de explicarle que esa maravilla la produce sencillamente el vapor emanado de algunos litros de agua hirviente. Hoy vemos ciudades, casas abrigadas que cierra el cristal, tiendas, teatros, academias, iglesias; tocamos telas, trajes, muebles; oímos la música, leemos los periódicos y los libros y nos inclinamos á creer que todo esto ha existido siempre. Y es al contrario; todo ha ido llegando poco á poco, sucesivamente.

El hombre, por sí mismo, se ha hecho lo que es hoy, como en la actualidad se hace lo que será mañana. Cuerpo, espíritu, costumbres, ideas, lenguaje, todo cambia y pronto. Carlomagno no entendería la lengua que hoy se habla en París; ¿qué digo Carlomagno? Sans Luis, que administraba justicia bajo una encina del bosque de Vincennes, no entendería nuestro francés. El hombre ha adquirido insensiblemente sus ideas, como su lenguaje y sus facultades intelectuales; insensiblemente ha producido sus diferentes obras; insensiblemente la humanidad ha llegado á ser lo que es.

¿Ha llegado hoy á su estado definitivo? ¿está para siempre detenido su desarrollo? No. Sin hablar de los grandes períodos de la naturaleza, ni de centenares de miles de años, dentro de veinte ó treinta siglos tan sólo, ya no existirá Francia y nadie hablará francés sobre la tierra. Todo estará cambiado, — y nosotros también.

ORIGEN DEL HOMBRE.

En la mañana de un domingo del año 1809 Napoleón, regresando de misa, atravesaba el gran salón de las Tullerías pasando entre una fila de oficiales y otra de académicos, cuando uno de éstos, venerable naturalista conocido por sus hermosos é importantes descubrimientos, presentó al emperador un nuevo libro. — « ¿Qué es eso? — le preguntó el hombre que negaba el vapor; — ¿es acaso otro almanaque, vuestro absurdo meteorológico, ese anuario que deshonra vuestra vejez? Haced historia natural y recibiré con gusto vuestras producciones: tomo ese volumen no más que por consideración á vuestras canas. » Y pasó el libro, al decir esto, á un ayudante de campo.

El pobre sabio que á cada una de las bruscas y ofensivas palabras del emperador trataba inútilmente de decir: « Es una obra de historia natural la que os presento, » tuvo la debilidad de anegarse en lágrimas.

*
* *

Esa escena pasó en presencia de Arago que es quien la ha referido. El dedichado sabio tan bruscamente acogido por el César, era Lamarck, uno de los natura-